

## CONTRA LA DIVERSIDAD\*

Ciertamente, la importancia de la raza y del sexo en la actual campaña presidencial estadounidense ha sido consecuencia de la prominencia del racismo y del sexismo, es decir, de la discriminación, en la sociedad norteamericana; un hecho que fue destacado en artículos posteriores a las primarias como el que publicó *The New York Times*: «La discriminación por la edad se une a las de raza y sexo»<sup>1</sup>. Sin duda, es difícil ver la discriminación por la edad como un equivalente exacto de las otras dos; después de todo, una parte del problema del racismo y del sexismo es que supuestamente perpetúan falsos estereotipos, mientras que, como alguien que acaba de llegar a los sesenta, puedo atestiguar que un cierto número de los estereotipos que constituyen la discriminación por la edad son ciertos. Pero la falta de verosimilitud de la idea de que el problema principal de hacerse viejo sea la discriminación por tus achaques, en vez de los propios achaques, sugiere la fuerza de la discriminación como baremo de la injusticia en Estados Unidos y, por ello, cómo su superación ocupa un lugar central en nuestro modelo de justicia.

Desde ese punto de vista, la contienda entre Obama y Clinton fue un triunfo, mostrando, como lo hizo, tanto los grandes pasos que se han dado hacia el objetivo de vencer el racismo y el sexismo, como el largo camino que queda para alcanzar ese objetivo. En otras palabras, hizo posible concebir a Estados Unidos como una sociedad orientada en la dirección correcta pero con un largo camino por recorrer. El atractivo de esta visión no sólo para los estadounidenses, sino para todo el mundo, es evidente. Pero el problema es que es una visión falsa. Ciertamente, Estados Unidos es en la actualidad una sociedad menos discriminatoria de lo que era antes del movimiento por los derechos civiles y del despegue del feminismo, pero no es una sociedad más justa, abierta e igualitaria. Por el contrario, es más injusta, menos abierta y mucho más desigual.

---

\* Éste es el texto de una conferencia pronunciada en el Einstein Forum de Potsdam el 26 de junio de 2008.

<sup>1</sup> *The New York Times*, 15 de junio de 2008.

En 1947, siete años antes de la decisión del Tribunal Supremo en el caso de Brown contra la Comisión de Educación, dieciséis años antes de la publicación de la obra de Betty Friedan *The Feminine Mystique*, en Estados Unidos la quinta parte de los asalariados mejor retribuidos recibía el 43 por 100 de la masa salarial. Actualmente esa quinta parte recibe el 50,5 por 100. En 1947, la quinta parte de la población con los salarios más bajos recibía el 5 por 100 de los ingresos totales; actualmente recibe el 3,4 por 100. Después de medio siglo de antirracismo y feminismo, Estados Unidos es, en la actualidad, una sociedad menos igualitaria de lo que era la sociedad racista y sexista de Jim Crow. Aún más, virtualmente todo el crecimiento de la desigualdad se ha producido desde la aprobación del Acta de Derechos Civiles de 1965, lo que significa no sólo que el éxito de la lucha contra la discriminación ha fracasado en aliviar la desigualdad, sino que ha sido compatible con una expansión radical de esa desigualdad. Realmente ha facilitado el creciente abismo entre ricos y pobres.

¿Por qué? Porque hoy en día es la explotación y no la discriminación la primera causa de la desigualdad. Es el neoliberalismo, no el racismo ni el sexismo (ni la homofobia ni la discriminación por la edad), el que crea las desigualdades más importantes de la sociedad estadounidense; el racismo y el sexismo son solamente dispositivos de clasificación. De hecho, uno de los grandes descubrimientos del neoliberalismo es que, desde el punto de vista económico, no son dispositivos de clasificación demasiado eficientes. Si, por ejemplo, estás buscando ascender a alguien a jefe de ventas en tu empresa y tienes que elegir entre un convencional varón blanco y una lesbiana negra que, de hecho, es mejor vendedora que el varón blanco, el racismo y la homofobia te pueden decir que elijas al varón blanco, pero el capitalismo te dice que elijas a la lesbiana negra. O lo que es lo mismo, aunque algunos capitalistas puedan ser racistas, sexistas y homófobos, el capitalismo en sí mismo no lo es.

Ésta es también la razón por la cual las victorias reales (aunque parciales) sobre el racismo y el sexismo representadas por las campañas de Clinton y Obama no son victorias sobre el neoliberalismo sino victorias del neoliberalismo; victorias de un compromiso con la justicia que no tiene ninguna relación con la desigualdad, ya que sus beneficiarios son racial y sexualmente tan diversos como sus víctimas. Ése es el significado de expresiones como «la barrera de cristal» y de todas las estadísticas que muestran cómo las mujeres ganan menos que los hombres o los afroamericanos menos que los blancos. No es que las estadísticas sean falsas, es que hacer de estos parámetros el principal motivo de queja supone pensar que solamente si más mujeres pudieran romper esa barrera y ganar lo que ganan los varones ricos, o que solamente con que los negros ganaran lo mismo que los blancos, Estados Unidos estaría más cerca de ser una sociedad justa.

La desigualdad procede de la creciente brecha entre ricos y pobres, y reconfigurando la raza y el sexo de aquellos que triunfan se deja la brecha intacta. Con el neoliberalismo actual, las mujeres y los negros están despro-

porcionadamente representados tanto en la quinta parte inferior (muchos) como en la superior (pocos) de la distribución de los salarios en Estados Unidos. En la utopía neoliberal que representa la campaña de Obama, los negros serían el 13,2 por 100 de los numerosos pobres y el 13,2 por 100 de los pocos ricos; las mujeres serían el 50,3 por 100 de ambos segmentos. Para los neoliberales, lo que forma esta utopía es que la discriminación no desempeñaría ningún papel en administrar la desigualdad; lo que hace la utopía neoliberal es que la desigualdad permanezca intacta.

Todavía peor, no se trata solamente de que la desigualdad permanezca intacta, sino que también, al no proceder de la discriminación, quede legitimada. Aparentemente los liberales estadounidenses se sienten mucho mejor en un mundo en el que el 20 por 100 se esté haciendo cada vez más rico a expensas del resto, siempre que ese 20 por 100 incluya un número proporcionado de mujeres y de afroamericanos. En este aspecto, la habilidad de la campaña de Obama para hacernos sentirnos bien con nosotros mismos, al mismo tiempo que deja nuestra riqueza intacta, es llamativa. Muestra de ello son sus propuestas fiscales, encaminadas a exigir más de los «acaudalados», pero no de la clase media. Pero ¿quiénes son los «acaudalados»? En su página web, Obama dice: «En general, incluyo entre los acaudalados a la gente que está ganando 250.000 dólares al año o más». Lo que significa que la gente que gana 225.000 dólares anuales (que están en el percentil nonagésimo séptimo de las rentas superiores en Estados Unidos) es clase media y merece el mismo tratamiento fiscal que el 50 por 100 que gana menos de 49.000 dólares. El encabezamiento de la página web donde aparece esto es: «Os estoy pidiendo que creáis». Pero pedir al 40 por 100 de los estadounidenses que gana menos de 42.000 dólares que crean que pertenecen a la misma clase media que los que ganan entre 100.000 y 250.000 puede que sea pedir demasiado. Sin embargo, eso es lo que el Partido Demócrata les ha estado pidiendo durante los últimos veinte años. La desigualdad económica no creció tan rápidamente durante la Administración Clinton como lo hizo con la de los Bush, pero creció. En 1992, cuando Clinton resultó elegido, la quinta parte inferior obtenía el 3,8 por 100 de la renta, mientras que la quinta parte superior obtenía el 46,9 por 100; en 2000, al final de su segundo mandato, la quinta parte inferior había descendido al 3,6 por 100, mientras que la superior había aumentado al 49,8.

La cuestión es que la nominación de Obama es una gran noticia para los liberales estadounidenses, que adoran la igualdad cuando se refiere a la raza y al sexo, pero no son tan entusiastas cuando se refiere al dinero. Los liberales son personas que creen que las universidades y colegios del país se han vuelto más abiertos porque, aunque siguen siendo accesibles solamente a los ricos, actualmente un número mayor de estos ricos son de color. (La popularidad de Obama en los campus universitarios no es una casualidad, es la imagen de la diversidad.) Después de haber contribuido a mantener a los pobres fuera de las universidades y así asegurarse de que siguieran siendo pobres, los liberales están ahora ansiosos por señalar que solamente los votantes blancos con educación primaria (la misma gente

que no va a Harvard) se muestran desproporcionadamente escépticos con Obama; están contentos de deplorar el racismo ignorante de la gente a la que han mantenido en la ignorancia y cuyo racismo ellos mismos han reforzado. En otras palabras, la candidatura de Obama es una gran noticia para un liberalismo que es tan elitista como dicen los críticos conservadores, aunque evidentemente no tanto como esos mismos críticos.

Hay una diferencia real entre Obama y McCain. Pero es la diferencia entre un neoliberalismo de centro o uno de derechas. Gane el que gane, la desigualdad en Estados Unidos permanecerá esencialmente intacta, y es importante recordar lo grande que es esa desigualdad. Un indicador habitual de la desigualdad económica es el coeficiente de Gini, donde el 0 representa la igualdad perfecta (todo el mundo gana lo mismo) y el 1 representa la desigualdad perfecta (una persona gana todo). El coeficiente de Gini para Estados Unidos en 2006 era 0,470 (en 1968 estaba en 0,386). Actualmente en Alemania es de 0,283, en Francia 0,327. A los estadounidenses todavía les gusta hablar del sueño americano, pero ese sueño no ha estado nunca tan alejado de la realidad como sucede actualmente. No sólo porque la desigualdad sea tan elevada, sino porque la movilidad social es muy baja; realmente más baja que en Alemania o Francia. Cualquiera que nazca en Chicago tiene mayores oportunidades de alcanzar el sueño americano aprendiendo alemán y marchando a Berlín que quedándose en casa.

Si los debates sobre raza y sexo en la política de Estados Unidos suponen una autocomplacencia por todo el progreso que los Estados Unidos han alcanzado, una flagelación por el camino que queda por recorrer, o si sirven para discutir si es peor el racismo o el sexismo, lo cierto es que, en realidad, se trata de un debate esencialmente vacío. Evidentemente, la discriminación está mal, nadie en la corriente general de la política de Estados Unidos la defiende, y ningún neoliberal que comprenda las implicaciones del neoliberalismo la defenderá. Pero no es la discriminación la que ha producido los niveles sin precedente de desigualdad que se encuentran en Estados Unidos en la actualidad: esos niveles son el resultado del capitalismo.

De cualquier forma, visto de esa manera, está claro que la calificación del debate sobre raza y género como «vacío» necesita quedar clara. La respuesta a la pregunta «¿Por qué los liberales se ocupan del racismo y del sexismo cuando deberían ocuparse del capitalismo?» es evidente: precisamente para evitar hacerlo. Ya sea porque genuinamente creen que la desigualdad está bien en la medida en que no se halla en función de la discriminación (en cuyo caso son neoliberales de derechas), ya porque piensan que luchar contra las desigualdades raciales y de sexo es, por lo menos, un paso en la dirección de la igualdad real (en cuyo caso son neoliberales de izquierda). Dadas estas opciones, los neoliberales de derechas quizá estén en una posición más fuerte, ya que la historia económica de los últimos treinta años sugiere que las elites diversificadas funcionan incluso mejor que las no diversificadas. Pero, desde luego, éstas no son las únicas opciones posibles.